

EL LUDUS LATRUNCULORUM, UN JUEGO DE ESTRATEGIA PRACTICADO POR LOS EQUITES DEL ALA II FLAVIA

SANTIAGO CARRETERO VAQUERO

El juego es una actividad por la que los animales, principalmente jóvenes, se entrenan de manera inconsciente para aumentar sus posibilidades de supervivencia. Esta práctica se acentúa en el caso de los depredadores, entre los que sin duda hay que incluir a los humanos, puesto que afortunada o desgraciadamente ocupamos la cúspide de la pirámide evolutiva.

Es más, la importancia que se le otorga a la capacidad de esparcimiento que posee nuestra especie, ha dado lugar a que se considere el juego como uno de los atributos inherentes a la naturaleza humana. Nuestra disposición para llevar a cabo estas actividades lúdicas es especialmente perceptible en los primeros estadios de la vida, momentos en los que el cerebro es especialmente permeable a absorber todo tipo de conocimientos y experiencias. Si bien, el fin último del juego es aprender, es decir, potenciar las capacidades del intelecto, lo que destaca a primera vista es la placentera forma de hacerlo.

Este carácter lúdico es el elemento que sirve de nexo a las distintas clases de entrenamientos o diversiones que, en función de una serie de condicionantes —edad, sexo, rango social, etc.—, son identificables dentro de las distintas sociedades. De esta manera, el conocimiento de los variados tipos de juego, sus esferas cronológicas y sexuales, los estratos sociales con que se identifican, etc., permiten caracterizar una determinada civilización en cuanto que ayudan a definir la mentalidad de los individuos que la componen.

El distinto arraigo que la hoy denominada “cultura del ocio” ha tenido en las diversas sociedades desarrolladas en nuestro planeta supone que el estudio y análisis de las actividades lúdicas practicadas en su seno tengan una desigual consideración y valoración. Así, Roma se erige en uno de los mejores ejemplos de civilización en la que el juego, en sus distintas facetas, forma una parte importante de la vida de sus ciudadanos. Es de todos conocido que el pueblo romano muestra una

auténtica pasión por ocupar su tiempo libre asistiendo a una serie de divertimentos públicos que, en ocasiones tienen un marcado carácter cruento. En este sentido, los juegos van a constituir una importante parcela en el desarrollo de la vida social de los romanos, no sólo por la gran cantidad de tiempo que les dedican acudiendo bien simplemente como espectadores o participando en ellos, sino que además, en buena medida, parecen vertebrar y cohesionar grupos o sectores urbanos diferenciados, a la par que refuerzan la identidad del individuo como ciudadano libre o *ingenuus*.

Lógicamente serán los espectáculos públicos o *ludi* los que mejor permitirán apreciar y analizar estos rasgos de la sociedad romana, siendo su celebración uno de los fenómenos mejor conocidos por los investigadores de la antigüedad y por la colectividad en general. No vamos aquí a referirnos a ellos puesto que del desarrollo de tales eventos tenemos sobradas pruebas a través de las constantes descripciones de los textos clásicos, así como en los numerosos restos arquitectónicos que se han preservado de los edificios erigidos para dichas prácticas –teatros, circos, anfiteatros, etc.–.

No obstante, nuestro centro de atención va a girar en torno a los juegos cuya práctica es cotidiana y habitual y en los que los individuos participan de forma activa en ellos. Se trata de aquellos divertimentos que se ejercitan en la esfera privada o particular, si bien pueden practicarse en los ámbitos públicos, y que implican un reducido número de jugadores. Estos gozaban de la misma estima y aceptación por parte de la sociedad que los anteriormente mencionados y, a diferencia de ellos, la elección del momento y el lugar quedaba al libre albedrío de los contendientes. Son muchos y muy variados los entretenimientos que con este carácter ocupaban el tiempo de ocio de los romanos, pudiéndose identificar algunos de ellos con determinadas etapas de la vida, con el sexo de los individuos, etc.

Dentro de éstos se incluyen una serie de juegos que se consideraban específicos de los adultos, puesto que se trataba de divertimentos de azar donde se podían apostar fuertes sumas de dinero. Estos, en los que las apuestas no sólo constituían un interés añadido sino fundamental en el desarrollo y resolución del entrenamiento, no contaban con el beneplácito de las autoridades republicanas ya que se pensaba que dichas prácticas podían transmutar el carácter de los individuos, mitigando o templando la firmeza y el temperamento que debía presidir el espíritu del ciudadano romano. Es por ello que al final del período republicano van a dictarse una serie de leyes en contra de estas actividades lúdicas, tales como la *lex alearia* o las *Titia*, *Publicia* o *Cornelia*, normas que perdurarán en época imperial, pero con una significativa atemperación o atenuación en su cumplimiento. Este hecho se ve reflejado, curiosamente, en las citas de autores como Suetonio o Plutarco en las que se mencionan a los mismos emperadores julio-claudios entre los grandes adeptos a las apuestas de todo tipo (Guillén, 1980: 320; May, 1992: 29-33; Salza Prina Ricotti, 1995: 73-76).

En la referida *lex alearia* se establece una relación de juegos de azar prohibidos, aunque como veremos, no todos se pueden englobar dentro de la misma categoría. Así, aparecen citados: el *capita atque navia* –cara o cruz–, llamado así por

cierta moneda republicana donde aparecían dichos elementos en el anverso y reverso respectivamente; los *tali* o tabas; las *tesserae* o dados; la *micatio* o embestida; la *parva tabella lapillis*; el *ludus latruncolorum* o juego de los ladrones; y el *duodecim scripta* o juego de las doce líneas (Salza Prina Ricotti, 1995: 74; Fernández Gómez, 1997: 26-35).

Si bien en la mayoría de ellos el azar o la suerte desempeña un papel primordial en el desenlace del juego, al menos, ninguno de los dos últimos se pueden incluir en este apartado, sino más bien dentro de aquellos otros en los que la concentración e inteligencia constituían los elementos claves para la victoria, es decir, en los juegos de estrategia.

Varios son los juegos de este tipo que conocemos a través de las fuentes clásicas y de los que tenemos documentación arqueológica: el *ludus duodecim scripta* o de las doce líneas, el conocido como juego del molino, las *tabulae lusoriae* con concavidades y el *ludus latruncolorum*, entre otros. Sin embargo, el hecho de que únicamente tengamos evidencias materiales de la práctica del último de ellos dentro del recinto campamental del *Ala II Flavia* en el valle de Vidriales mediatiza los contenidos de este trabajo al estudio y descripción del *ludus latruncolorum*.

EL JUEGO DEL *LUDUS LATRUNCULORUM*

El “juego de los ladrones” romano parece derivar de otro griego denominado Peteia, aunque su origen parece hallarse en Egipto donde ya en numerosos monumentos aparecen representados individuos practicando un juego en el que diversos peones se mueven sobre un tablero compartimentado en cuadrículas (Daremberg-Saglio, III, 992-993).

En Roma, en un principio, era conocido como el juego de los soldados puesto que los términos *latro* o *latrunculi* eran acepciones para denominar en el latín antiguo a los *milites* mercenarios. Sin embargo, será en época de Cicerón cuando ambos términos pasen a designar a los vagabundos y ladrones, puesto que los soldados mercenarios no se contaban entre los individuos más honestos de la sociedad romana. Es entonces cuando los peones emperarán a ser llamados *milites* o *bellatores*, nombres con un significado más afable (Salza Prina Ricotti, 1995: 102).

Este juego de estrategia se realiza sobre una *tabula lusoria* rectangular o cuadrada compartimentada mediante una trama ajedrezada –*tabula latruncularia*– que simboliza un campo de batalla en el cual se enfrentan dos contendientes. Para el desarrollo del juego el tablero se divide en 8 líneas formadas por 8 casillas o *mandrae*, cuadradas o rectangulares, de tal manera que configuran un diseño de 64 casillas en total por las que tienen que moverse los 16 peones de cada contrincante. Estos van a poseer diferencias cromáticas –blancos-negros, rojos-dorados– para poder discriminar a simple vista los pertenecientes a cada jugador.

El equipo o *acies* de cada uno de los dos contendientes está formado por dos tipos de piezas: *calculi ordinarii*, *pedones* o *pedites*, que serían los equivalentes a los peones y, por tanto, tendrían un único movimiento, en línea recta; y *calculi vagi*, formados por dos centuriones, dos elefantes, dos caballeros y dos satélites, que se moverían en todas las direcciones. Las diferencias entre los *calculi ordinarii* y los *vagi* se van a plasmar habitualmente en el tamaño, adquiriendo una mayores dimensiones los últimos frente a los primeros (Guillén, 1980: 321-322; Ponte, 1986: 138-139).

La partida daba inicio con los *calculi vagi* de cada contrincante alineados en las hileras de *mandrae* exteriores y, junto a ellos, en la línea inmediatamente más próxima se disponían los *ordinarii*. La estrategia consistía en avanzar con las fichas hacia el campo contrario, comiendo o expulsando todas las fichas del contrario que se pusieran en su camino, siempre y cuando hubiera una casilla libre tras ella. De esta manera, mediante los diversos movimientos se lograba expulsar fichas del rival –*calculi capti*–, apresarlas –*calculi ligari*– o inmovilizarlas –*calculi inciti*–. La victoria era conseguida por aquel contendiente que lograra dejar en alguna de las situaciones mencionadas todas las piezas del adversario, tras lo cual era proclamado *imperator* (Guillén, 1980: 321-322).

Se trata, en definitiva, de uno de los juegos más apreciados por los romanos, del que puede deducirse, a través de las someras descripciones realizadas en algunos textos clásicos, que se regiría por unas normas similares a las de las damas, según unos, o a las del ajedrez, según otros, sin poder concretar hoy por hoy ningún aspecto más referente a su desarrollo.

Vemos pues que su práctica conlleva necesariamente la tenencia de dos elementos: el tablero o *tabula lusoria* sobre el que desarrollar las jugadas y las fichas o *calculi*, de morfología y materiales diversos, con las que realizar los movimientos. No obstante, estos accesorios son comunes a buena parte de los juegos de estrategia, si bien las distintas reglas y estrategias empleadas en cada uno de ellos condiciona la elección de unos determinados diseños en los tableros, circunstancia lo que nos permite desvelar la identidad del juego. Desgraciadamente, se puede calificar como un hecho infrecuente o inusual la aparición de tableros en los distintos yacimientos de época romana frente al reiterado hallazgo de fichas que se produce en los mismos, divergencia que sin duda incide de forma significativa en la incapacidad de reconocer el tipo de juego practicado.

Son varios los modelos y materiales de soportes empleados para el desarrollo de estos juegos de mesa, estando condicionada su elección por diversos factores, como son: la clase de juego, los diversos ámbitos en los que se realizan y en los que se practican, la disponibilidad económica del comprador, etc.

En cuanto a las *tabulae latrunculariae* pueden ser concebidas como tableros fijos o móviles. En el primero de los casos el género en el que se elaboran es totalmente secundario, puesto que se recurre a utilizar los soportes disponibles en el lugar en el que se pretende transformar una superficie en tablero de juego mediante la realización de unas incisiones sobre la misma. Como podemos observar el

condicionante fundamental es en esta ocasión espacial puesto que se escogen los pavimentos pétreos o marmóreos de edificios y vías o plazas públicas, lugares transitados y de bullicio donde es frecuente la presencia de gente ociosa dispuesta a participar en algún divertimento de esta clase. Sobre este particular, aunque ampliado a los demás juegos de este tipo, tenemos numerosos ejemplos que van desde la Basílica Julia en Roma, a las gradas del teatro y del anfiteatro de Mérida, o a las vías que circundan la manzana de la Casa del nacimiento de Venus o el mercado de Leptis Magna, entre otras (Bendala Galán, 1973: 263-264 y 269; Salza Prina Ricotti, 1995: 97-99).

En la fachada septentrional del noroeste hispánico, principalmente en el área pontevedresa, es relativamente frecuente encontrar diseños afines a algunos de los juegos ya mencionados entre los numerosos petroglifos realizados sobre la superficie de rocas. Pese a lo problemática que resulta su datación, tienden a ser considerados como pertenecientes a época romana al documentarse normalmente en hábitats castreños romanizados o en sus proximidades (Costas Goberna y Fernández Pintos, 1985-86: 127-137; *idem*, 1987: 63-70).

Por lo que respecta a la segunda clase de tableros, los móviles, la elección del tipo de soporte refleja de forma nítida el nivel social de los individuos. Así, van a ser utilizadas mayoritariamente para tal fin las maderas de bajo precio, la terracota y otros materiales de similares calidades, mientras que más raramente se pueden encontrar tableros elaborados en bronce, mármol, piedras semipreciosas o maderas nobles, productos restringidos al estrato de mayor poder económico (Salza Prina Ricotti, 1995: 95-96). En este caso nos encontramos ya ante verdaderos “juegos de mesa”.

El uso de la madera para la elaboración de *tabulae lusoriae* debió ser una práctica habitual al igual que debió serlo en la fabricación de otras manufacturas, tales como la vajilla, pero su fragilidad frente al paso del tiempo supone una importante lacra a la hora de certificar su uso en este tipo de elementos. Quedan, no obstante, ámbitos en los que los condicionantes climáticos y edafológicos han permitido la conservación de soportes lígneos, como sería el caso de los ejemplares daneses hallados en Halbböngen y Kreise y fechados en la segunda mitad del siglo II d. C. (Brøndsted, 1963: 220). Bien es cierto que estos yacimientos se sitúan fuera de los límites del Imperio, pero también es verdad que a raíz de los materiales arqueológicos exhumados en ellos se desprende la existencia de relaciones comerciales con las áreas romanizadas. En este contexto debemos valorar la presencia de diversos objetos importados o realizados bajo influencias procedentes de regiones del sur, entre los que se incluyen estos tableros de madera adscribibles posiblemente a la práctica del *ludus latrunculorum*.

Dentro de los límites del Imperio, también aparecen ocasionalmente ejemplos de tableros elaborados en este material, como sería la pieza procedente de la villa de Lullingstone, en Britania (Bédoyère, 1989: 137).

Por las mismas razones, el abaratamiento del producto, se escogen las piedras que normalmente abundan en el entorno de los yacimientos en los que elaboran las

tabulae lusoriae. Así, tenemos tableros realizados en lajas de pizarra procedentes de los castros de Villadonga, en Lugo, y Coaña y Grandas de Salime, en Asturias (Costas Goberna y Fernández Pinto, 1985-86: 137; Carroceda Fernández, 1995: 266), una sobre un pequeño bloque granítico en el castro de Santa Tecla (Costas Goberna y Fernández Pinto, 1985-86: 137) y otra sobre una placa calcárea en *Conimbriga* (Ponte, 1986: 136). Quizás uno de los mejores ejemplos de tableros de este tipo sería el hallado en Corbridge, no sólo por su buen estado de conservación y su esmerada realización, sino también por ir acompañado de un nutrido conjunto de fichas de hueso trabajado y de cerámica (Breeze, 1996: 13).

Será sin embargo la terracota uno de los materiales que con mayor asiduidad parece ser empleado para la manufactura de estos soportes, siendo normalmente realizado el diseño de los tableros sobre la arcilla fresca (Casas i Genover *et alii*, 1995: 127). Ejemplos de este tipo los encontramos en Colonia (Salza Prina Ricotti, 1995: 98), en *Conimbriga* (Ponte, 1986: 136, fig. 3), en Silchester (Bédoyère, 1989: 137, fig. 80c), en Lugo y en el campamento de *Aquis Querquennis* (Rodríguez Colmenero, 1996: 497), entre otros muchos.

En cuanto a las fichas o *calculi*, elementos imprescindibles para que los participantes desarrollasen las jugadas, adquieren formas muy heterogéneas. Las hay esféricas, hemisféricas o lenticulares y podían ser de pasta vítrea, de cerámica, metálicas, de hueso y posiblemente también de madera. Esta amplia variedad estaría generada en buena medida por la relación existente entre ellas y el material con el que se ha hecho el tablero, con el tipo de juego para el que se utilicen y con las posibilidades económicas o recursos del propietario.

En esta ocasión no vamos a pararnos a hacer una relación de algunos de los asentamientos en los que en, en mayor o menor número, han sido halladas fichas de juego, puesto que ello constituiría una labor excesivamente prolija y baldía, puesto que se documentan de manera habitual y constante en una gran multitud de yacimientos de época romana.

Los yacimientos en los que aparecen asociadas *tabulae lusoriae* y *calculi* son excepcionales y entre ellos cabe mencionar el campamento romano del *Ala II Flavia* en Rosinos de Vidriales (Zamora) (fig. 1).

LAS EVIDENCIAS DEL *LUDUS LATRUNCULORUM* EN EL RECINTO DEL *ALA II FLAVIA* EN *PETAVONIUM*.

En el transcurso de las excavaciones sistemáticas que desde 1989 se llevan practicando en las proximidades de la *porta principalis sinistra*, dentro de los *latera praetorii*, del campamento del *Ala II Flavia Hispanorum civium Romanorum*, han sido exhumadas parcialmente varias estructuras constructivas que, al margen de su interpretación y demás aspectos relacionados con su fisonomía, usos, remodelaciones, etc. (Carretero y Romero, 1996) nos han proporcionado un gran volumen de material arqueológico de todo tipo.



Fig. 1. Situación del campamento del *Ala II Flavia* en *Petavonium*.

Como suele ser habitual, los objetos cerámicos son los que en mayor número están representados dentro de este amplio conjunto, si bien tampoco son nada extraños los elementos metálicos, vitreos, numismáticos, de hueso trabajado, etc. El estudio y análisis de estas piezas nos han permitido conocer y recrear en buena medida algunas parcelas de la vida cotidiana de la tropa allí acantonada. En este sentido, la aparición de numerosas fichas de pasta vitrea o de cerámica y alguna pieza de hueso trabajado, unido al hallazgo de varios fragmentos de tableros, ponen de manifiesto un aspecto colateral y poco conocido de la actividad castrens como

es la existencia, al margen de la disciplina y funciones propias de un régimen marcial, de entretenimientos o juegos con los que los soldados llenaban sus diarios períodos de inactividad.

Como hecho singular cabría calificar la localización de aproximadamente una decena de fragmentos de *tabulae latrunculariae* en nuestro yacimiento, puesto que no es nada habitual su hallazgo y, menos aun, en un número tan elevado.

Todos ellos están realizados sobre tégulas de terracota, siendo practicadas las incisiones que configuran el diseño del juego sobre la superficie que presenta un mejor acabado, es decir, la que queda enmarcada por las pestañas laterales. Dicha elección obedece tanto a criterios estéticos como prácticos, puesto que esa cara posee una menor rugosidad que la opuesta y a la vez se logra proporcionar una mayor estabilidad a la *tabula*.

En todas ellas se repite el mismo esquema: un reticulado compuesto por varias hileras de casillas o *mandrae* de forma tendente a lo cuadrado y, más excepcionalmente, a lo rectangular. Las dimensiones de las casillas no sólo presentan variaciones entre los distintos fragmentos de tableros sino que también lo hacen dentro de cada uno de ellos, oscilando sus medidas entre 20 y 40 mm. De igual forma podemos observar lo irregular del trazado de la retícula en algunos de ellos frente a otros donde se percibe una mayor regularidad en la trama.

La mayoría de los reticulados han sido realizados en un momento previo a la cocción de las tégulas, cuando la arcilla estaba todavía fresca. Ello supone que al menos estos ejemplares ya fueron concebidos como tableros de juego en el mismo alfar en el que se elaboraron, siendo probablemente un producto más dentro del repertorio cerámico de ese centro productor. También cabe la posibilidad de que se realizaran por encargo, siendo en este caso patente la relación existente entre el fabricante y el comprador.

En cuanto a la identificación del taller del que pudiera proceder, creemos que son varios los argumentos indirectos que podrían apuntar al alfar de Melgar de Tera. La práctica totalidad de los vasos de paredes finas y buena parte de las variadas formas de cerámica común, así como algunas imitaciones de lucernas de canal y una decorada con un rostro humano, proceden de este centro productor situado a unos escasos 14 km. del recinto del *Ala II Flavia*. Además, las excavaciones realizadas en algunas de sus estructuras constructivas apuntan a que entre su refertorio se incluían también materiales de cubrición, lo que nos lleva a pensar que alfareros como C. Coeli o T.S.M.F, entre otros, ampliamente documentados en el yacimiento por el hallazgo de numerosas tégulas selladas, debieron provenir de estos talleres. En definitiva, la proximidad, el estrecho y prolongado vínculo comercial existente entre ambos asentamientos y la constatación de que entre sus productos se encuentran materiales de cubrición, nos permiten especular que también aquellas tégulas que presentan el reticulado propio de las *tabulae latrunculariae* fueron elaboradas en Melgar de Tera.

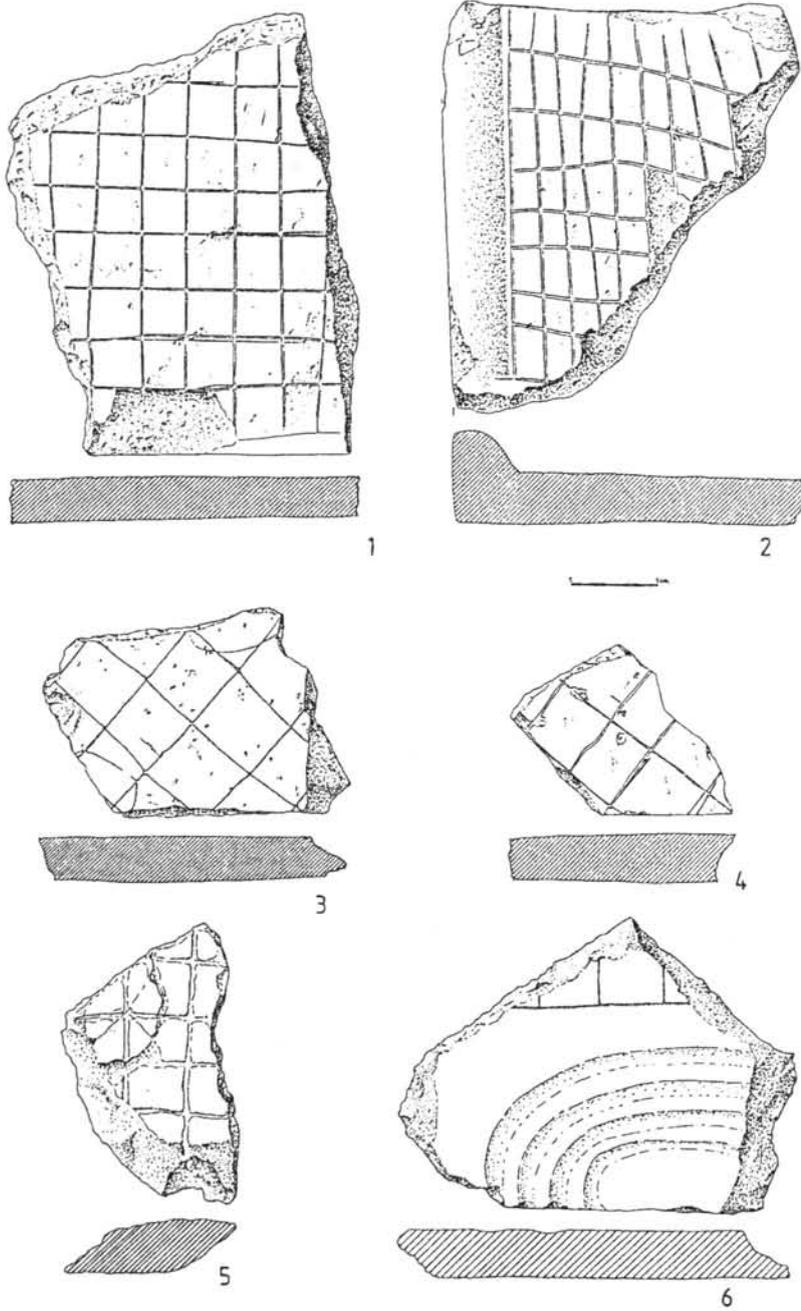


Fig. 2. Algunas de las *tabulae lusoriae* halladas durante la excavación

Igualmente están representados, aunque en escaso número, algunos fragmentos de tableros que fueron decorados tras la cocción de la pieza y que generalmente poseen una mayor irregularidad en su diseño. En este caso, si bien los soportes pudieron ser elaborados en Melgar de Tera, la labor de transformación de simple teja a tablero de juego mediante la realización de un reticulado inciso debió ser obra de los propios individuos que pensaban utilizarlos como tales, es decir, los *equites* del *Ala II Flavia*. En este apartado se incluirían un par de fragmentos que, dado su escasa entidad, no hemos incluido en la relación que a continuación realizamos con las piezas más significativas.

Dentro de los primeros se incluyen dos de los tableros mejor conservados en cuanto que su superficie se encuentra muy próxima a la que debieron tener cuando estaban en uso. En uno de ellos (fig. 2.1, lám. I, 1) se aprecia la existencia de 8 líneas formadas por 8 casillas, mientras que en el otro (fig. 2.2, lám. I, 2)) se observan también 8 líneas pero formadas en esta ocasión por una alineación de 9 casillas. Creemos que este hecho debe interpretarse más como un error o descuido a la hora de trazar el reticulado que como una adaptación a una variante del juego.

1.- Fragmento de tablero decorado con un reticulado compuesto por 8 líneas de 8 casillas cada una. Las *mandrae* poseen una forma cuadrada y tienen una media de 25 mm. de lado. El diseño ha sido realizado sobre la arcilla fresca (fig. 2.1, lám. I, 1).

Medidas: 246 mm. de anchura, 220 mm. de longitud y 24 mm. de grosor.

2.- Fragmento de tablero en el que se aprecia parte de una de las pestañas de la tégula que sirve de soporte al mismo. Conserva en gran medida la retícula que servía de damero para el juego, pudiéndose observar la existencia de 9 líneas de 8 casillas cada una. Las *mandrae* son bastante irregulares y claramente rectangulares, teniendo como media unas dimensiones de 18 por 30 mm. Su diseño ha sido igualmente elaborado sobre la arcilla fresca (fig. 2.2, lám. I, 2).

Medidas: 200 mm. de anchura, 225 mm. de longitud y 25 mm. de grosor.

3.- Pequeño fragmento de tablero del que se conservan 6 líneas de 5 casillas que tienen forma cuadrada y una media de 40 mm. de lado. El diseño también ha sido elaborado sobre la pasta fresca (fig. 2.3).

Medidas: 178 mm. de anchura, 143 mm. de longitud y 25 mm. de grosor.

4.- Pequeño fragmento de tablero del que se conservan 5 líneas de 3 casillas. Las *mandrae* tienden a la forma cuadrada y tienen una media de 25 mm. de lado. Igualmente, su diseño ha sido trazado antes de la cocción de la tégula que le sirve como soporte (fig. 2.4)

Medidas: 158 mm. de anchura, 100 de longitud y 28 mm. de grosor.

5.- Pequeño fragmento de tablero del que, al igual que en la pieza anterior, se conservan 5 líneas de 3 casillas. Estas tienden a lo cuadrado y tienen como media 35 por 36 mm. de lado. El diseño ha sido elaborado sobre la pasta fresca (fig. 2.5).

Medidas: 136 mm. de anchura, 80 mm. de longitud y 26 mm. de grosor.

6.- Pequeño fragmento de tablero del que se conserva el inicio de la primera fila de casillas que, por otro lado, parecen tender a lo cuadrado. En este caso se conserva el inicio de uno de los lados cortos de la tégula, hallándose decorado el espacio existente entre éste y el área reticulada por cuatro impresiones digitales curvas. El diseño ha sido elaborado sobre la pasta fresca (fig. 2.6).

Medidas: 200 mm. de anchura, 156 mm. de longitud y 26 mm. de grosor.

En cuanto a las fichas halladas en este sector del campamento de *Petavonium*, éstas forman un conjunto cercano a los 70 ejemplares que se pueden clasificar en tres grupos diferentes en función del tipo de material con el que han sido elaboradas: *calculi* de pasta vítrea, de cerámica y de hueso trabajado. La gran mayoría de ellas se inscriben en los dos primeros, reduciéndose a tres las piezas óseas que pudieron servir de fichas de juego.

Por lo que respecta a las fichas elaboradas en pasta vítrea, se han recuperado un número superior a la treintena de ejemplares. Todas ellas adoptan una forma tendente a lo lenticular, es decir, la superficie inferior plana y convexa la superior. Esta morfología se consigue de forma natural, como consecuencia de la técnica empleada para su fabricación, es decir, al depositar una gota de dicha pasta –conseguida mediante la fundición de vidrio a baja temperatura– sobre un objeto plano, la pasta se se enfriaba sobre su superficie, otorgando a la ficha ese característico perfil (Martínez García, 1996: 131-136, fig. 31) (fig. 3).

Poseen una dispar calidad que se materializa en la presencia de numerosos *calculi* con defecto en la fusión del vidrio, por lo que adquieren una superficie rugosa al tacto, con vacuolas provocadas por la existencia de burbujas de aire, frente a otros, de aspecto más cuidado, con brillo y uniformidad en su textura.

Presentan tonos muy variados con el fin de que sean fácilmente identificables las pertenecientes a cada jugador. Es por ello que normalmente se enfrentan *calculi* de colores contrapuestos, claros –blancos u ocre– contra oscuros –azules o negras–. En nuestro yacimiento, la tonalidad que con mayor asiduidad aparece es el azul oscuro, estando en menor medida también presentes el azul claro y el blanco y, de manera ocasional, el verde y negro.

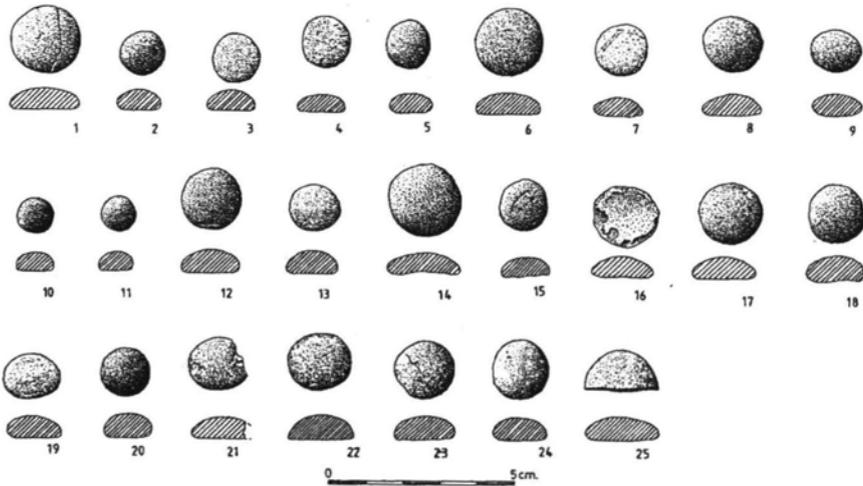


Fig. 3. *Calculi* de pasta vítrea

Igualmente poseen nítidas diferencias en cuanto a su tamaño, de tal manera que su diámetro máximo oscila entre los 9 y 21 mm. de diámetro, si bien el 77% de ellas se concentran entre los 12 y 16 mm. Su grosor varía ligeramente, situándose en torno a los 4/6 mm.

Tanto las diferencias cromáticas como las de formato que se aprecian en este conjunto pueden obedecer a otros factores y no sólo a la identificación de las piezas con distintos jugadores. Así, por ejemplo, las fichas de idéntico o similar color, pero diferente tamaño, tal vez pudieran explicarse también por su uso como *calculi vagi* u *ordinari* e, incluso, la diversidad en cualquiera de estas variables o en ambas permiten apuntar su adscripción a tableros diversos.

Por lo que respecta a su procedencia, los *calculi* de pasta vítrea debieron ser adquiridos en el mercado al igual que cualquier otra mercancía. No obstante, Martínez, en su trabajo sobre los objetos de vidrio hallados en el interior del campamento, señala que el hallazgo de escorias, dos masas informes y una gruesa torta, es decir, elementos relacionados con las distintas fases del trabajo de este material, supone dejar abierta la posibilidad de que en el recinto militar o en sus proximidades existiera algún artesano e instalaciones dedicado a la elaboración de objetos vítreos (1996: 191). Si bien reconoce que hoy por hoy los datos conocidos son insuficientes para ni tan siquiera plantear esa posibilidad, también es cierto que la producción de fichas de pasta vítrea requiere unas instalaciones y tecnología mucho más sencillas que las exigidas para la realización de recipientes y, por ello, estas evidencias podrían quizás revelar la manufactura local de estas piezas.

- 1.- Ficha lenticular de color azul (fig. 3.1). Medidas: 17 mm. de diámetro y 6 mm. de grosor.
- 2.- Ficha lenticular de color azul (fig. 3.2). Medidas: 11 mm. de diámetro y 6 mm. de grosor.
- 3.- Ficha lenticular de color blanquecino (fig. 3.3). Medidas: 13 mm. de diámetro y 5 mm. de grosor.
- 4.- Ficha lenticular de color blanquecino (fig. 3.4). Medidas: 13 mm. de diámetro y 4 mm. de grosor.
- 5.- Ficha lenticular de color azul (fig. 3.5). Medidas: 13 mm. de diámetro y 6 mm. de grosor.
- 6.- Ficha lenticular de color azul (fig. 3.6). Medidas: 16 mm. de diámetro y 5 mm. de grosor.
- 7.- Ficha lenticular de color blanquecino (fig. 3.7). Medidas: 12 mm. de diámetro y 4 mm. de grosor.
- 8.- Ficha lenticular de color azul (fig. 3.8). Medidas: 15 mm. de diámetro y 6 mm. de grosor.
- 9.- Ficha lenticular de color azul (fig. 3.9). Medidas: 13 mm. de diámetro y 5 mm. de grosor.
- 10.- Ficha lenticular de color negro (fig. 3.10). Medidas: 9 mm. de diámetro y 4 mm. de grosor.
- 11.- Ficha lenticular de color verde-azulado (fig. 3.11). Medidas: 9 mm. de diámetro y 4 mm. de grosor.

- 12.- Ficha lenticular de color azul (fig. 3.12). Medidas: 15 mm. de diámetro y 6 mm. de grosor.
- 13.- Ficha lenticular de color azul claro (fig. 2.13). Medidas: 19 mm. de diámetro y 6 mm. de grosor.
- 14.- Ficha lenticular de color azul (fig. 3.14). Medidas: 18 mm de diámetro y 5 mm. de grosor.
- 15.- Ficha lenticular de color azul (fig. 3.15). Medidas: 13 mm. de diámetro y 4 mm. de grosor.
- 16.- Ficha lenticular fragmentada de color blanquecino (fig. 3.16). Medidas: 16 mm. de diámetro y 6 mm. de grosor.
- 17.- Ficha lenticular de color azul (fig. 3.17). Medidas: 16 mm. de diámetro y 6 mm. de grosor.
- 18.- Ficha lenticular de color azul (fig. 3.18). Medidas: 14 mm. de diámetro y 6 mm. de grosor.
- 19.- Ficha lenticular de color azul claro (fig. 3.19). Medidas: 14 mm. de diámetro y 5 mm. de grosor.
- 20.- Ficha lenticular de color azul (fig. 3.20). Medidas: 12 mm. de diámetro y 6 mm. de grosor.
- 21.- Ficha lenticular de color azul (fig. 3.21). Medidas: 13 mm. de diámetro y 5 mm. de grosor.
- 22.- Ficha lenticular de color azul (fig. 3.22). Medidas: 16 mm. de diámetro y 6 mm. de grosor.
- 23.- Ficha lenticular de color azul (fig. 3.23). Medidas: 15 mm. de diámetro y 6 mm. de grosor.
- 24.- Ficha lenticular de color azul (fig. 3.24). Medidas: 15 mm. de diámetro y 5 mm. de grosor.
- 25.- Fragmento de ficha lenticular de color blanquecino (fig. 3.25). Medidas: 20 mm. de diámetro y 6 mm. de grosor.
- 26.- Ficha lenticular de color azul. Medidas: 12 mm. de diámetro y 5 mm. de grosor.
- 27.- Ficha lenticular de color azul. Medidas: 15 mm. de diámetro y 4 mm. de grosor.
- 28.- Ficha lenticualr de color azul. Medidas: 12 mm. de diámetro y 6 mm. de grosor.
- 29.- Ficha lenticular de color azul. Medidas: 13 mm. de diámetro y 4 mm. de grosor.

Las fichas elaboradas sobre fragmentos de vasos cerámicos poseen una mayor heterogeneidad que las anteriores. En esta ocasión las variaciones observables en su fisonomía están motivadas por la elección de una determinada categoría cerámica como soporte, por la técnica empleada para su fabricación, menos sutil, más casera, en cuanto que se procede al aprovechamiento y recorte de la superficie de algún recipiente fuera de uso hasta adaptarla a una forma más o menos circular, y por la destreza del individuo que trasforma un fragmento cerámico en una ficha.

Existe una especial preferencia por utilizar cerámicas de buena calidad y superficies cuidadas, de tal manera que suelen escogerse la *terra sigillata*, las paredes finas y la cerámica común, generalmente fina, para su elaboración. (fig. 4).

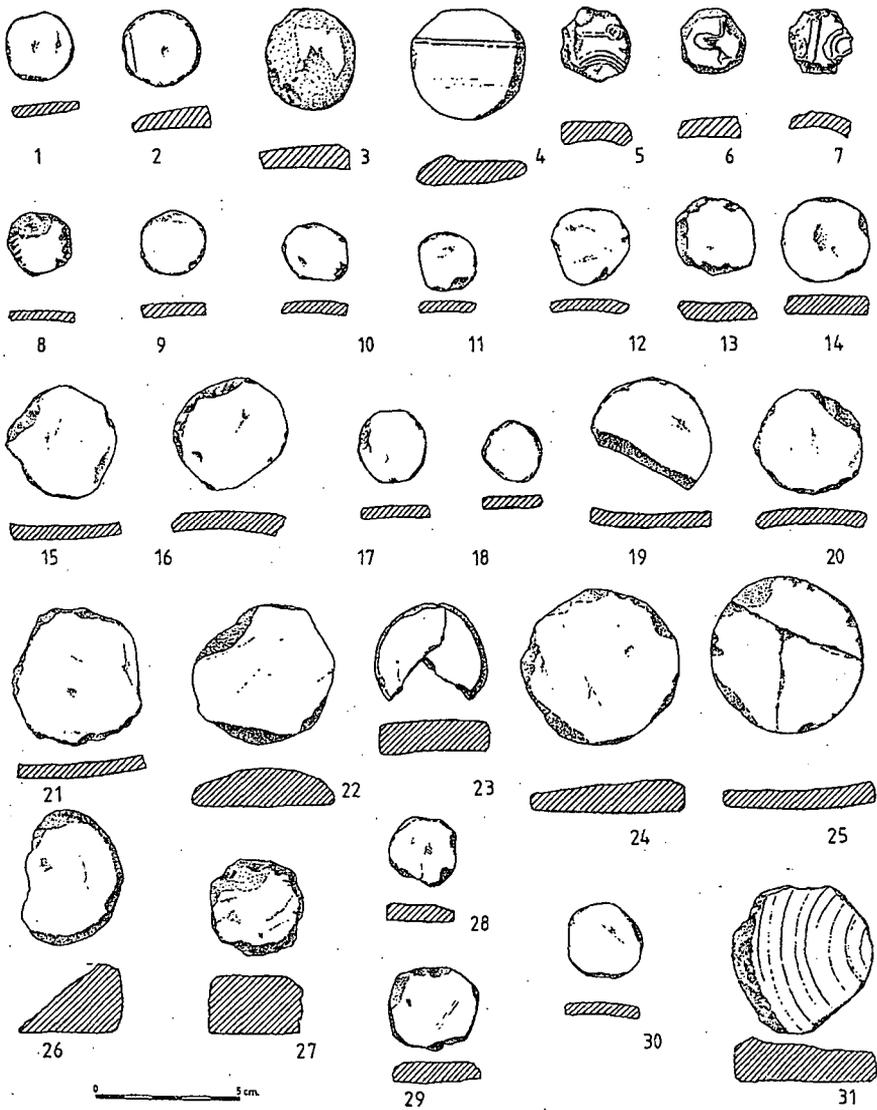


Fig. 4. *Calculi* elaborados sobre fragmentos cerámicos

Su número es prácticamente idéntico al de las fichas de pasta vítrea, es decir, en torno a una treintena de piezas, lo que supone que su circulación por el campamento debió ser tan habitual como la de las fichas de pasta vítrea. No obstante, esta afirmación es manifiestamente matizable o cuando menos es perceptible de ser

modificada en el futuro puesto que debemos tener en cuenta el bajo porcentaje de ejemplares hallados con respecto al número total de *calculi* necesarios para poder jugar con los diez tableros encontrados y el factor temporal. En cuanto al primero de ellos, la presencia de esa cantidad de *tabulae lusoriae* llevaría implícita, supuestamente, el uso de 320 fichas –16 por cada jugador, 32 por cada tablero–, circunstancia que supone que únicamente tengamos documentado un 16 % del total de las piezas. En segundo lugar, si el manejo de todas las *tabulae* hubiese sido coetáneo ese cálculo sería correcto, pero es bastante posible que no fuera así por lo que quizás el volumen de fichas debió ser sensiblemente inferior, en una proporción que desconocemos y que, por tanto, nos impide establecer una relación ecuánime entre la presencia de *calculi* de pasta vítrea y de cerámica.

Independientemente de los porcentajes barajados, la treintena de fichas de juego de cerámica se reparten de la siguiente manera: las siete primeras están elaboradas sobre fragmentos de *terra sigillata* hispánica –3 lisas y 4 decoradas–; las cuatro siguientes sobre paredes finas; y las diez y nueve restantes sobre cerámica común. De los distintos soportes empleados para su manufactura se deriva una diversidad cromática muy apropiada para la función que tienen que desempeñar. Así, los *calculi* de TSH –rojos– destacan frente a los de paredes finas –marrones– y a los de cerámica común –principalmente marrones y naranjas y, en menor medida, ocre y grises–, es decir, se acomodarían a tonalidades fácilmente distinguibles y de las más habituales en los peones de juego: rojos y dorados/marrones.

En cuanto a sus dimensiones, presentan una amplitud mucho mayor que la apreciada en las fichas de pasta vítrea, puesto que oscilan entre los 18 mm. de las más pequeñas hasta los 52 mm. de las más grandes. Dentro de este arco parecen apreciarse tres concentraciones en torno a las que giran el 87% del total: el 42%, entre 21 y 26 mm.; el 26%, entre 30 y 36 mm.; y el 19%, entre 39 y 46 mm. Mucha mayor uniformidad poseen éstas en cuanto a su grosor, entre 4 y 8 mm., medidas de las que sólo se separan las nº 26 y 27, con 23 y 20 mm. respectivamente.

Es curioso observar cómo las de menor tamaño vienen a continuar las dimensiones de los peones elaborados en pasta vítrea, estableciéndose así una secuencia prácticamente ininterrumpida desde los 9 a los 52 mm. de diámetro. En el caso de que se conjugasen fichas de ambos materiales dentro de un mismo *acies* o equipo de juego, podría pensarse que las piezas cerámicas de mayor tamaño podrían haber actuado como *calculi vagi*, mientras que las más pequeñas, junto con las de pasta vítrea, habrían desempeñado el papel de *calculi ordinari*. De no ser así, cabe suponer la misma distinción para éstas, en función de sus dimensiones, que la conjeturada para el grupo anterior.

Estos productos de manufactura propia o personal tal vez fueran elaboradas por los mismos individuos que mediante la realización de incisiones sobre algunas tégulas, adaptaron su superficie como tablero de juego. Es factible que en algún caso ambos elementos salieran de la misma mano pero, no obstante, lo más normal sería que éstas, independientemente de la procedencia de los tableros, fueran concebidas como sustitutas de otras de mejor calidad, fabricadas en otros materiales, que se

hubieran perdido o deteriorado. Tampoco debemos olvidar que quizás este razonamiento no sea el único aplicable para enjuiciar su utilización ya que también habría que valorar criterios económicos. La realización por parte de un jugador de sus propias fichas con fragmentos de cerámica suponía el ahorro del dinero que costaba la compra de un juego de *calculi* de pasta vitrea o de hueso trabajado, cantidad que podía ser utilizada incluso en las apuestas cruzadas en el desarrollo de las partidas del *ludus latruncularum*.

1.- Ficha circular y plana realizada sobre un fragmento de terra sigillata que ha perdido casi por completo el barniz (fig. 4.1). Medidas: 25 mm. de diámetro.

2.- Ficha circular y plana realizada sobre un fragmento de terra sigillata hispánica lisa (fig. 4.2). Medidas: 26 mm. de diámetro.

3.- Ficha circular y plana realizada sobre un fragmento de terra sigillata hispánica lisa (fig. 4.3). Medidas: 33 mm. de diámetro.

4.- Ficha circular hecha sobre la zona del borde de una Drag. 37 hispánica (fig. 4.4). Medidas: 36 mm. de diámetro.

5.- Ficha circular y plana realizada sobre un fragmento de terra sigillata hispánica decorada, posiblemente una Drag. 37, con círculos concéntricos y motivos vegetales de separación (fig. 4.5). Medidas: 23 mm. de diámetro.

6.- Ficha circular y plana realizada igualmente sobre un fragmento de terra sigillata hispánica decorada que presenta la parte trasera de un ave (fig. 4.6). Medidas: 22 mm. de diámetro.

7.- Ficha circular y plana realizada sobre un fragmento de Drag. 37 hispánica que conserva parte de dos frisos con decoración de pequeños círculos concéntricos (fig. 4.7). Medidas: 22 mm. de diámetro.

8.- Ficha circular y plana realizada sobre el fragmento de un vaso de paredes finas con decoración burilada. Tiene pasta marrón, degreasante micáceo fino y engobe marrón más oscuro (fig. 4.8). Medidas: 23 mm. de diámetro.

9.- Ficha circular y plana realizada sobre el fragmento de un vaso de paredes finas con pasta marrón, degreasante micáceo fino y engobe marrón (fig. 4.9). Medidas: 22 mm. de diámetro.

10.- Ficha circular y plana realizada sobre un fragmento de vaso de paredes finas. Tiene pasta marrón, degreasante micáceo fino y superficie alisada (fig. 4.10). Medidas: 22 mm. de diámetro.

11.- Ficha circular y plana, realizada sobre el fragmento de un vaso de paredes finas. Tiene pasta marrón, degreasante micáceo fino y superficie alisada (fig. 4.11). Medidas: 18 mm. de diámetro.

12.- Ficha circular y plana realizada un fragmento de cerámica común de pasta marrón-anaranjada, degreasante micáceo fino y superficie alisada (fig. 4.12). Medidas: 21 mm. de diámetro.

13.- Ficha circular y plana realizada sobre el fragmento de un recipiente de cerámica común. Tiene pasta marrón y degreasante micáceo fino (fig. 4.13). Medidas: 26 mm. de diámetro.

14.- Ficha circular y plana realizada sobre el fragmento de un recipiente de cerámica común. Tiene pasta gris y degreasante micáceo mediano (fig. 4.14). Medidas: 30 mm. de diámetro.

15.- Ficha circular y plana hecha sobre la pared de un recipiente de cerámica común de pasta ocre y degreasante micáceo fino (fig. 4.15). Medidas: 36 mm. de diámetro.

16.- Ficha circular y plana realizada sobre el fragmento de un recipiente de cerámica común. Tiene pasta marrón-anaranjada y degreasante micáceo mediano (fig. 4.16). Medidas: 39 mm. de diámetro.

17.- Ficha circular y plana realizada sobre el fragmento de un recipiente de cerámica común. Tiene pasta ocre-marronácea y degreasante micáceo fino (fig. 4.17). Medidas: 24 mm. de diámetro.

18.- Ficha circular y plana realizada sobre un fragmento de recipiente de cerámica común. Tiene pasta ocre-anaranjada y degreasante micáceo fino (fig. 4.18). Medidas: 21 mm. de diámetro.

19.- Fragmento de una ficha circular y plana hecha sobre un fragmento de cerámica común de pasta ocre-anaranjada y degreasante micáceo fino (fig. 4.19). Medidas: 42 mm. de diámetro.

20.- Ficha circular y plana realizada sobre el fragmento de un recipiente de cerámica común. Tiene pasta marrón-anaranjada y degreasante micáceo fino (fig. 4.20). Medidas: 36 mm. de diámetro.

21.- Ficha circular y plana realizada sobre el fragmento de un recipiente de cerámica común. Tiene pasta ocre-marronácea, degreasante micáceo fino y superficie alisada (fig. 4.21). Medidas: 45 mm. de diámetro.

22.- Ficha lenticular realizada tal vez sobre el fondo de un recipiente de cerámica común. Tiene pasta marrón y degreasante micáceo mediano (fig. 4.22). Medidas: 46 mm. de diámetro.

23.- Ficha circular y plana, fragmentada, realizada sobre el fragmento de un recipiente de cerámica común. Tiene pasta ocre-rojiza y degreasante micáceo fino (fig. 4.23). Medidas: 40 mm. de diámetro.

24.- Ficha circular y plana realizaa sobre el fragmento de un recipiente de cerámica común. Tiene pasta anaranjada y degreasante micáceo fino (fig. 4.24). Medidas: 52 mm. de diámetro.

25.- Ficha circular y plana realizada sobre el fragmento de un recipiente de cerámica común. Tiene pasta anaranjada y degreasante micáceo mediano (fig. 4.25). Medidas: 52 mm. de diámetro.

26.- Fragmento de una ficha circular, fracturada, realizada sobre un recipiente de cerámica común de pasta anaranjada y degreasante micáceo fino (fig. 4.26). Medidas: 42 mm. de diámetro y 23 mm. de grosor.

27.- Ficha circular realizada sobre un recipiente de cerámica común de pasta ocre y degreasante micáceo mediano (fig. 4.27). Medidas: 36 mm. de diámetro y 20 mm. de grosor.

28.- Ficha circular y plana realizada sobre un fragmento de recipiente de cerámica común. Tiene pasta anaranjada y degreasante micáceo fino (fig. 4.28). Medidas: 23 mm. de diámetro.

29.- Ficha circular y plana realizada sobre el fragmento de un recipiente de cerámica común. Tiene pasta anaranjada, degreasante mediano de cuarzo y superficie exterior con engobe rojizo (fig. 4.29). Medidas: 32 mm. de diámetro.

30.- Ficha circular y plana realizada sobre el fragmento de un recipiente de cerámica común. Tiene pasta ocre-marronácea y degreasante micáceo fino (fig. 4.30). Medidas: 25 mm. de diámetro.

31.- Ficha circular hecha sobre el fragmento de un fondo de un recipiente de cerámica común. Tiene pasta naranja-rojiza y degreasante mediano (fig. 4.31). Medidas: 50 mm. de diámetro.

Como meramente testimonial se puede considerar el hallazgo de fichas de hueso trabajado, ya que únicamente son tres las piezas adscribibles a este grupo. Por otra parte, cada una de ella responde a un tipo diferente, si bien las dos últimas son más próximas morfológicamente (fig. 5).

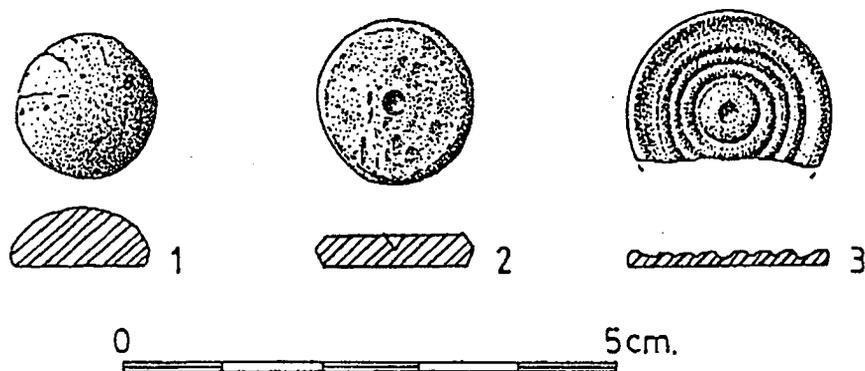


Fig. 5. *Calculi* de hueso trabajado.

La primera de estas fichas reproduce curiosamente el mismo perfil plano-convexo que presentan los *calculi* de pasta vítrea, morfología atípica en las piezas de juego de hueso trabajado, si bien se localizan ejemplares aislados en numerosos yacimientos de la Galia, Germania, Britania, Italia y, en menor medida, Hispania y Grecia (Béal, 1983: 321-322, pl. LIV, n° 1170). Tal circunstancia pudiera deberse a la existencia de cierta relación entre este ejemplar y algunas de las realizadas en ese otro material, puesto que su tamaño -12 mm. de diámetro y 4 mm. de grosor- se ajusta al que poseen tres de las cuatro fichas de pasta vítrea de color blanquecino, con las que además comparte una similar tonalidad.

En cuanto a las dos restantes, de sección plana, asumen formas ampliamente difundidas entre las fichas óseas. El ejemplar n° 2 se corresponde con el tipo Jewry Wall tipo C (Kenyon, 1948: fig. 91, n° 16-17), Béal grupo A XXXIII,3 (1983: 289 y 319), Greep tipo 1 (1986: 202), Crummy o Colchester tipo 1 (Bishop, 1996: 40, fig. 23, n° 229, 230 ó 243), es decir, con fichas de juego planas decoradas en la cara superior por una depresión central y con el canto biselado.

De igual manera, la pieza n° 3 se incscribe dentro de del tipo Jewry Wall tipo B (Kenyon, 1948: 226, fig. 91, n° 13-15), Béal grupo A XXXIII,6 (1983: 303 y 319, pl. LII, n° 1072, 1073, 1074, etc.), Greep tipo 3 (1986: 202), Crummy o Colchester tipo 2 (Hall, 1995: 1555, fig. 731, n° 6418) o, lo que es lo mismo, fichas decoradas con incisiones concéntricas en la superficie superior.

Estas fichas óseas parecen ser extraídas de huesos largos de animales de los que se puede aprovechar una mayor porción de materia sólida para con posterioridad cortar estas piezas en forma de disco (Greep, 209 y 211).

Pese a lo detallado que resultan las distintas clasificaciones tipológicas elaboradas sobre estos objetos, no se puede desprender de estos ejemplares un marco cronológico restringido, sino que, al igual que los fabricados sobre otros soportes, poseen una dilatada fabricación. Es por ello que en los diversos estudios realizados al respecto únicamente se utiliza como criterio de datación válido el estratigráfico.

- 1.- Ficha lenticular (fig. 5.1). Medidas: 12 mm. de diámetro y 4 mm. de grosor.
- 2.- Ficha plana decorada con una depresión central en la superficie superior y que posee el canto biselado (fig. 5.2). Medidas: 16 mm. de diámetro y 3 mm. de grosor.
- 3.- Ficha plana decorada con cuatro círculos concéntricos en la superficie superior (fig. 5.3). Medidas: 20 mm. de diámetro y 2 mm. de grosor.

Normalmente existe una disociación en la ubicación en la que actualmente son hallados los distintos elementos de juego necesarios para la práctica del *ludus latrunculorum*. En el área de excavación la tónica general es que aparezcan diseminados por la práctica totalidad de los niveles arqueológicos y por las distintas construcciones –tanto calles como edificaciones–, sin que se pueda hacer derivar ninguna certeza sobre su posición dado que no se prodigan en cantidades reseñables. No obstante, contamos con ciertas concentraciones significativas de fichas, a veces asociadas a un fragmento de tablero, dentro de la superficie de algunas de las estancias de los edificios parcialmente exhumados, lo que nos da pie a pensar que en su interior se llevaron a cabo partidas de este juego de estrategia.

En ese sentido debemos empezar mencionando, dentro del edificio I, dos estancias en las que se producen estas acumulaciones de piezas. Así, en la primera de ellas, la habitación “d”, fueron recuperadas 7 fichas cerámicas, todas ellas realizadas sobre fragmentos de *terra sigillata* y paredes finas –rojas y marrones–, a excepción de una de pasta vítrea de color blanquecino. Por lo que respecta a la primeras, éstas comparten mayoritariamente un diámetro de 22/23 mm., lo que tal vez indique que pertenecieron a un mismo juego. Lo mismo ocurre en la estancia “g”, en la fueron localizadas 2 *calculi* vitreos –ambos de color azul y de 15 y 17 mm. respectivamente–, junto a otro cerámico, hecho sobre TSH, y al fragmento del tablero nº 3 (fig. 6).

De la misma manera, el edificio II también presenta espacios en los que abunda este tipo de material. En la habitación “e” se han localizado dos fichas de cerámica común, de color marrón, y 24 y 25 mm. de diámetro respectivamente, junto a otras tres de pasta vítrea –color azul, negro y verde–, de menor tamaño. Además, en esa misma habitación se localizó un fragmento de *tabula* reticulada, cuyas casillas tienen unas dimensiones de 40 por 40 mm., es decir, un tamaño apropiado para albergar estos *calculi*. Y, por último, la habitación “g”, en cuya superficie aparecieron 6 fichas de cerámica común, que oscilan entre el color marrón y el ocre y un diámetro de 18 a 23 mm., y otras 6 de pasta vitrea azul, de dimensiones más reducidas.

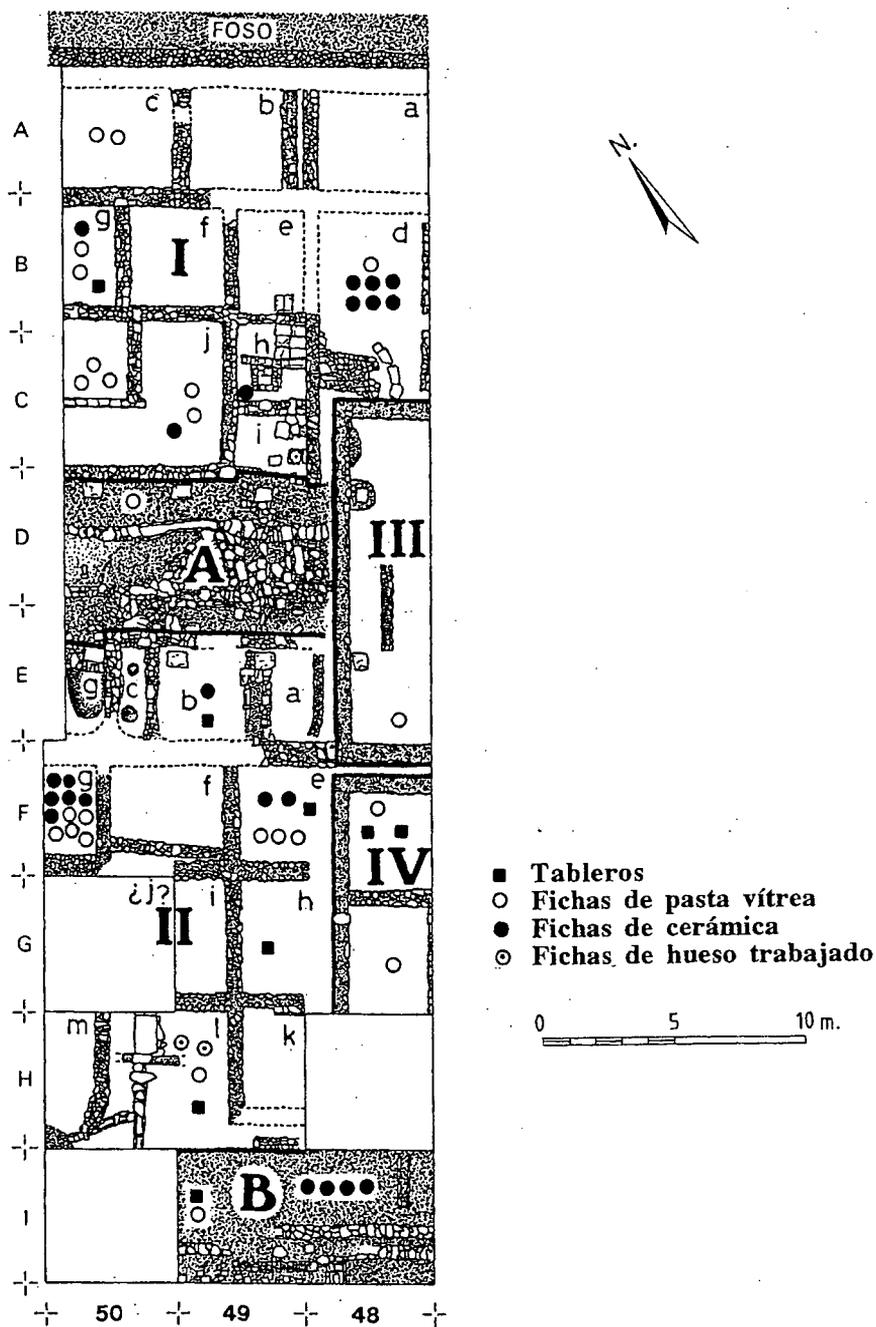


Fig. 6. Localización de las distintas piezas de juego dentro del área de excavación

Estas concentraciones nos llevan a pensar que en el interior de al menos esas cuatro estancias se debieron llevar a cabo numerosas partidas del *ludus latrunculorum* al menos durante los últimos estadios de la ocupación de estas construcciones o, que en su defecto, estas habitaciones pudieron ser utilizadas como lugares de depósito de los distintos componentes de este divertimento. Bien es verdad que ello no deja de ser una conjetura puesto que el hallazgo de estos elementos dentro del nivel de derrumbe que colmataba dichas habitaciones pudo en buena medida deberse al azar o al proceso de destrucción sufrido por los edificios.

Por lo que respecta al resto de las piezas, éstas aparecen diseminadas por las demás estancias de las cuatro edificaciones, así como por las dos calles que las separan, sin que se pueda derivar ninguna conjetura de su posición dado que no presentan concentraciones reseñables.

En definitiva, la reiterada presencia de fichas, tanto de pasta vítrea como de cerámica y, excepcionalmente de hueso, podría dar lugar a identificarlas con usos muy diversos, siendo uno de ellos la de *calculi* o peones de distintos juegos. Sin embargo, y en contra de lo que se documenta en otros yacimientos romanos, la localización de un notable número de tableros reticulados nos permiten adscribirlos al *ludus latrunculorum*, un juego de estrategia que, a tenor de los hallazgos en este sector del recinto campamental, debió contar con un gran predicamento entre los *equites* del *Ala II Flavia*.

Tal circunstancia no constituye un hecho extraordinario por cuanto que se trata de un entretenimiento muy difundido por los diversos territorios del Imperio Romano y, en especial, dentro del ambiente castrense. En este sentido, cabe interpretar su constante documentación en el ámbito del noroeste peninsular donde la fuerte y prolongada implantación de bases militares va a servir de hilo conductor para la propagación de su práctica por asentamientos que en algún momento pudieron estar bajo el control del ejército, como pudieron ser los castros romanizados relacionados con las explotaciones auríferas –Villadonga, Coaña, Grandas de Salime, etc.–, sino también en aquellos otros situados en la fachada atlántica del área pontevedresa y, principalmente, en los grandes núcleos urbanos, como *Lucus Augusti* y *Asturica Augusta*.

Lo verdaderamente excepcional es el conjunto en sí. En una superficie relativamente pequeña, 525 m², se han recuperado más de 70 piezas relacionadas con la práctica de este juego de estrategia, siendo poco habitual el hallazgo de tableros y, menos aún, en esa cantidad.

Posiblemente no todos los elementos sean coetáneos y, por tanto, esta densidad no sea tan acentuada como a primera vista pudiera parecer. Sin embargo, lo que sí parece claro es que durante el siglo II d. C. los soldados que ocuparon este sector del campamento jugaron con cierta asiduidad al *ludus latrunculorum*, hecho que nos introduce en un aspecto poco conocido o, cuando menos, más afable y humano de la vida castrense, como es la ocupación del tiempo libre.

Al margen de los servicios de armas que cualquier soldado debía cumplir, quedaba un amplio margen de tiempo para la realización de otros quehaceres den-

tro del ámbito privado, entre las que cabe destacar el aseo personal, la limpieza de la vestimenta, el cuidado del equipo militar, etc., es decir, todas aquellas tareas que podríamos calificar como caseras. Aun así, restarían numerosos momentos de quietud para dedicar a actividades lúdicas. En este sentido, debemos suponer que la guarnición acantonada en *Petavonium* no contaría en las inmediaciones de su base con muchas distracciones que les permitieran hacer más grata su estancia en este territorio. Es por ello que para cubrir esas carencias debieron recurrir a divertimentos a su alcance, como eran los distintos tipos de juegos de los que, por el momento, únicamente tenemos documentado el juego de estrategia objeto de este estudio y los *tali* o tabas.

En esta dinámica se podría enmarcar no sólo el propio desarrollo de las partidas sino también la ejecución por algunos de los individuos de sus propios elementos de juego, amén del ahorro que ésto suponía. Ello explicaría la presencia de las fichas extraídas de fragmentos cerámicos, las obtenidas de huesos de animales, los tableros obtenidos mediante incisiones practicadas sobre tejas e, incluso, tal vez, algunos de los *calculi* de pasta vítrea, puesto que estos últimos no necesitaban ni una técnica ni instalaciones complejas.

También es cierto que en otras ocasiones se acudía a la compra de estos objetos, caso de las *tabulae* cuyos reticulados fueron realizados antes de la cocción y posiblemente buena parte de los peones de pasta vítrea.

Para finalizar, al hilo de lo aquí expuesto, debemos mencionar que una situación similar a la argumentada para los jinetes del *Ala II Flavia* debieron experimentar los soldados de otros campamentos del noroeste, tal y como apuntan los hallazgos de *Aquis Quaerquernis* y Cidalela.

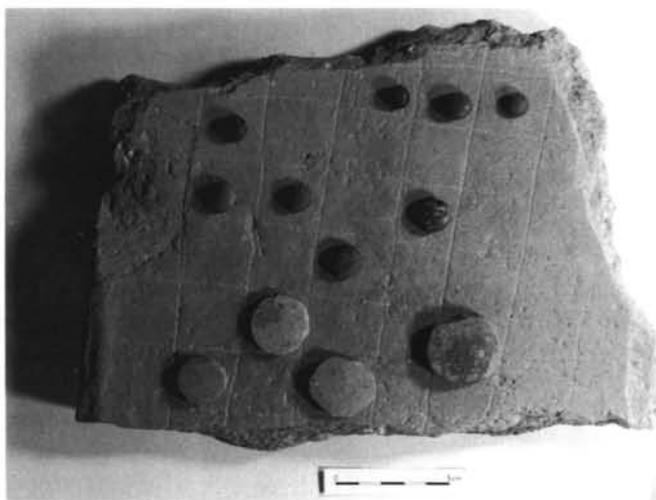
BIBLIOGRAFÍA

- BEAL, J. C. (1983): *Catalogue des objets de tabletterie du Musée de la Civilisation Gallo-Romaine de Lyon*, Lyon.
- BEDOYERE, G. de la (1981): *The Finds of Roman Britain*, London.
- BENDALA GALÁN, M. (1973): "Tablas de juego de Itálica", *Habis*, 4, pp. 263-272.
- BISHOP, M. C. (1996): *Finds from Roman Aldborough. A Catalogue of Small Finds from the Romano-British Town of Isurium Brigantum*, Oxbow Monograph, 65, Oxford.
- BREEZE, D. J. (1996): *Hadrian's Wall. A Souvenir Guide to the Roman Wall*, London.
- BRØNDSTED, J. (1963): *Nordische Vorzeit III. Eisenzeit in Dänemark*, Neümunster.
- CARRETERO VAQUERO, S. y ROMERO CARNICERO, M^a. V. (1996): *Los campamentos romanos de Petavonium (Rosinos de Vidriales, Zamora)*, Zamora.
- CARROCEDA FERNÁNDEZ, E. (1995): "Catálogo: Piezas", en VV.AA., *Astures. Pueblos y culturas en la frontera del Imperio romano*, Oviedo.
- CASAS I GENOVER, J. et alii (1995): *El món rural d'època romana a Catalunya. L'exemple del nord-est*, Centre d'Investigacions Arqueològiques de Girona, Serie Monogràfica, 15, Girona.

- COSTAS GOBERNA, F. J. y FERNÁNDEZ PINTO, J. (1985-86): "Diseños cuadrangulares a modo de tableros de juegos en los petroglifos del NW de la Península Ibérica", *Pontevedra Arqueológica*, II, pp. 127-144.
- COSTAS GOBERNA, F. J. y FERNÁNDEZ PINTO, J. (1987): "Nuevos petroglifos al litoral sur de la Ría de Vigo (valles Fragoso y Moniñor)", *Castrelos*, 0, pp. 61-90.
- COSTAS GOBERNA, F. J. y HIDALGO CUÑARRO, J. M. (1997): *Los juegos de tablero en Galicia. Aproximación a los juegos sobre tableros en piedra desde la antigüedad clásica al medievo*, Vigo.
- DAREMBERG, CH. y SAGLIO, E. (1983-1919): *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines*, Paris.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1997): "Alquerque de nueve y tres en raya", *Revista de Arqueología*, 193, pp. 26-35.
- GREEP, S. J. (1986): "The objects of worked bone", en Zienkiewicz, J. D., *The Legionary Fortress Baths at Caerleon. II. The Finds*, Cardiff, pp. 197-212.
- GUILLÉN, J. (1980): *Vrbs Roma. Vida y costumbre de los romanos: II. la vida pública*, Salamanca.
- HALL, R. A. (1995): "The Finds from 9 Blake Street", en Cool, H. E. M., Lloyd-Morgan, G. y Hooley, A. D., *Finds from the Fortress, The Archaeology of York: The Small Finds*, 17, pp. 1531-1600.
- KENYON, K. M. (1948): *Excavations at the Jewry Wall Site, Leicester*, Society of Antiquaries Research Report, 15, Oxford.
- MARTÍNEZ GARCÍA, A. B. (1996): *El vidrio del campamento romano del Ala II Flavia Hispanorum civium Romanorum en Petavonium (Rosinos de Vidriales, Zamora)*, Memoria de Licenciatura inédita, Valladolid.
- MAY, R. (1992): "Les jeux de table dans l'antiquité", *Dossiers d'Archeologie*, 168, pp. 18-33.
- PONTE, S. da (1986): "Jogos romanos da Conimbriga", *Conimbriga*, XXV, pp. 131-141.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A. (1996): "Útiles y moda de la vida cotidiana: ocio y entretenimientos", en Rodríguez Iglesias, F. (ed.), *Galicia Arte*, IX, Santiago de Compostela, pp. 496-497.
- SALZA PRINA RICOTTI, E. (1995): *Giochi e giocattoli, Vita e costumi dei romani antichi*, 18, Roma.

LÁMINA I

1



2



1. Fragmento del tablero n.º 1 con *calculi* de pasta vítrea y de cerámica. 2. Fragmento del tablero n.º 2 con *calculi* de pasta vítrea